



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,

AÑO I.

Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

NÚM. 7.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. . .	4 peso.	1 1/4 pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administración: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Marzo de 1878.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administración, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripción por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA CAZA Y LOS PROSISTAS.

III.

Si los primeros loores á *Diana* los hemos encontrado en los primitivos cantos de la musa castellana, natural es

también que busquemos, seguros de encontrarlos, las primeras leyes y los primeros preceptos en los orígenes de la prosa española. Y de propósito hemos dicho preceptos y leyes, porque no hemos de contentarnos con encontrar apologistas y entusiastas del arte venatorio, sino legislado-

res y preceptistas; y no ya que consideren el arte de la caza como un mero recreo y esparcimiento del ánimo, sino como un punto esencial de legislación, y un ramo esencial también de buena educación entre las clases más elevadas de la sociedad.



LA CAZA DE CORRER LIEBRES.



Nada menos que todo un Alonso X, el sabio Rey hijo de San Fernando, legislaba sobre la caza en su libro inmortal de las *Partidas*, y lo que es más, la recomendaba y la celebraba de esta manera: «*Primera Partida, título V, ley XX.—Cómo el Rey debe ser mañoso en cazar.*—Mañoso debe el Rey ser, e sabidor de otras cosas, que se tornan en sabor e en alegría, para poder mejor sufrir los grandes trabajos e pesares, cuando los hobiere, segund dijimos en la ley ante desta. E para esto una de las cosas que fallaron los Sábios, que más tiene pró, es la caza, de cual manera quier que sea: ca ella ayuda mucho á menguar los pensamientos e la saña, lo que es más menester al Rey que á otro home. E sin todo aquesto dá salud, ca el trabajo que en ella toma, si es con mesura, face comer e dormir bien, que es la mayor cosa de la vida del home. E el placer que en ella rescibe es otrosí grand alegría, como apoderarse de las aves e de las bestias bravas, e facerlas que lo obedezcan e le sirvan, aduciendo las otras á su mano. E por ende los antiguos tuvieron que conviene esto mucho á los Reyes más que á otros homes, e esto por tres razones: la primera, por alongar su vida e salud, e acrescentar su entendimiento, e redrar de sí los cuidados e los pesares, que son cosas que embargan mucho el seso: e todos los homes de buen sentido deben esto facer, para poder mejor venir á acabamiento de sus fechos. E sobre esto dijo Caton el Sábio, que todo home debe á las vegadas volver entre sus cuidados alegría e placer, ca la cosa que alguna vegada non fuelga, non puede mucho durar; la segunda, porque la caza es arte e sabiduría de guerrear, e de vencer, de lo que deben los Reyes ser mucho sabidores; la tercera, porque más abundantamente la pueden mantener los Reyes que los otros homes. Pero con todo esto non deben y meter tanta costa, porque mengüen en lo que han de cumplir. Nin otrosí non deben tanto usar della, que les embargue los otros fechos que han de facer. E los Reyes que de otra guisa usasen de la caza, si non como dicho habemos, meterse y en por desentendidos, desamparando por ella los otros grandes fechos que hobiesen de facer. E sin todo esto, el alegría que dende rescibiesen por fuerza se le sabría á tornar en pesar, onde les vernian grandes enfermedades en lugar de salud: e demás habria Dios de tomar dello venganza con grand derecho, porque usaron como non debian de las cosas que él fizo en este mundo.»

Si D. Alonso el Sábio consideró la caza digna de los monarcas, oigamos lo que dijo de ella otro prócer ilustre:

El príncipe D. Juan Manuel, hijo del infante D. Manuel, insigne escritor, valeroso militar y esclarecido estadista, decia en su peregrino *Libro del Caballero et del Escudero*, capítulo xli, que «non ha cosa que se más se allegue con las maneras del caballero que ser montero et cazador. E porque yo entendia que esto cumplia mucho á mi estado usélo mucho.»

En el *Conde Lucanor*, obra que ha hecho célebre en el mundo literario á ese ilustradísimo Príncipe, cuenta el sobrino del Rey Sábio el siguiente curioso lance de cetrería: «*Enjemplo xxxiii.*—Señor Conde, dijo Patronio, el infante D. Manuel andaba un día á caza cerca de Escalona, et lanzó un falcon sacre á una garza, et montando el falcon con la garza vino al falcon un águila, et el falcon temiéndose del águila, dejó la garza, et comenzó á foir. El águila desdeque vió que non podía ganar el falcon, fuése; et desdeque el falcon vió ida el águila, tornó á la garza; andando el falcon con la garza, tornó otra vez el águila al falcon, et el falcon comenzó á foir como la otra vez, et el águila fuése, et el falcon tornó otra vez á la garza. Esto fué bien tres ó cuatro veces, et cada que el águila se iba, luego el falcon tornaba á la garza, et luego venía el águila por lo matar. Et desdeque el falcon vió que el águila non le queria dejar matar la garza, dejola et montó sobre el águila, et vino á ella tantas veces firiéndola, fasta que la fizo desterrar de aquella tierra. Et desdeque la hobo desterrada, tornó á la garza; et andando con ella muy alto, vino el águila otra vez por lo matar. Et desdeque el falcon vió que non le valía cosa que ficiese, subió otra vez sobre el águila, et dejóse venir á ella, et dióle tan grant golpe, que le quebrantó el ala: et desdeque la vió caer la ala quebrantada, tornóse el falcon á la garza et matóla; et esto fizo porque tenía que la su caza non la debia dejar luego que fuese desembargado de aquella

águila que gelo embargaba.» Hemos recordado esta relación, para demostrar toda la importancia que se daba á la caza en aquellos tiempos, aun sacando de ella ejemplos en los libros y en los asuntos más trascendentales.

En el inestimable *Libro de los Estados*, parte I, capítulo LVII, ya recomendaba el príncipe D. Juan Manuel el ejercicio de la caza á los nobles, diciendo: «Otrosí débennos mostrar *cazar et correr monte*, et bofordar et armarse el saber todos los juegos et las cosas que pertenescen á caballería, porque estas cosas non empecen al leer, nin el leer á estas cosas. Débennos facer en esta manera: ordenar la semana de esta guisa: el domingo oir la misa (si fuere cantada, será mejor), et despues de misa, cabalgar et trebeiar fasta que sea hora de comer. Et desdeque hobiere comido et estuviere un rato con las gentes hablando et departiendo, entrar en su cámara, si quisiere dormir; si non estar y una pieza fasta que se asosiegue la vianda et se abajen los bafos que suben la cabeza. Et desdeque fuere contra la tarde, puede ir trabeiar de pié ó de bestia, con lo que tomare placer, fasta que sea hora de cena. Et desdeque hobiere cenado, debe estar una pieza departiendo et trebeiano con sus gentes et non velando mucho: el día del domingo nin debe leer *nin ir á caza*... Et el lunes levántese de grant mañana á oir la misa; et si fuere de edad, que pueda andar de caballo et sufrir la fortaleza del tiempo, non debe dejar por fuerte tiempo que faga de ir á caza en caballo, et vestir gambax gordo et pesado et mucha ropa; lo uno por se guardar del frio, et lo al por acostumar el cuerpo á sufrir el peso de las armas, quando le acaesciere. Et en cuanto andubiere á caza, debe traer en la mano derecha lanza ó ascona ó otra vara, et en el izquierda debe traer un azor ó un falcon. Et esto debe facer por acostumar los brazos, el derecho para saber ferir con él, et el izquierdo para usar el escudo con que se defienda: et todavía debe traer el espada consigo, lo uno porques hábito de los que han de venir por caballería; lo al porque en el espada ha arma et armadura; arma para ferir, et armadura para defender.... Et desdeque tornare de caza et hobiere comido et folgare, como es dicho, en la tarde debe oir su lecion, et facer conjugacion, et declinar et desmar, ó facer proverbio ó letras. Et otro día, mártres, despues que hobiere oido misa, debe oir su lecion et estar aprendiendo fasta hora de comer. Et desdeque hobiere comido folgar, como desuso es dicho, tornar á leer et á repetir su lecion et facer conjugacion et las otras cosas, como es dicho, et pasar así toda la semana, leyendo un día et cazando otro. Et el sábado repetir et confirmar todas las lecciones de la semana; et en los días que fuere á caza, debe guisar que tarde un día mucho el comer....» No deja de contrastar con la vida sencilla que aconseja el ilustre prócer á la nobleza castellana del siglo XIII el extraordinario apetito á la caza de aquellos señores, quando les propone que pasen un día leyendo y otro cazando, como ley de esmerada educacion.

En el *Libro del Tesoro*, no menos peregrino que cuantos hemos citado de aquella época, se hace la siguiente pintura de los azores, libro II, capítulo cxlv: «Quando fallardes azor grande, que haya los cortados luengos et llanos, así como aguiña et la cara alegre et un poco inclinado. Et él debe seer un poco encorvado, que despues debe seer su cara así como quejosa et llena de sanna, et las narices bien jaldes et los cabellos que son entre las sobrecejas et enderredor dellas, luengos: et las sobrecejas bajas, et los oios someros et grandes con razón et bien colorados, ca esta es sennal que fué fijo de azor que fué mudado bien tres veces, et por esto viven más et más luengamente, quando es engendrado de padre viejo. Et debe haber el cuerpo luengo et sutil et los pechos gruesos et redondos, como paloma; et los dos cochiellos de las alas deben seer bien apartados con las alas, et las pénnolas bien ayuntadas et bien temientes; et las piernas gruesas et jaldes, et los piés grandes et anchos et abiertos, et los pulgares luengos, et los artejos gruesos, non de carne, más de niervos, con los huesos et las unnas gruesas et fuertes et bien duras, et los artejos de medio bien luengos mesuradamente. Et en esta manera se conosce el buen azor.» ¡Qué bellísima descripción del ave de la cetrería!

Mucho habríamos de extendernos si fuésemos á indicar siquiera lo que en aquellos remotos tiempos se dijo por los principales escritores acerca de la venacion y en loor suyo,

y eso sin tocar á los libros especiales de caza que á la sazón se publicaban por esos mismos personajes.

Viniendo ya á época más cercana, y sin prescindir de que nuestras citas han de referirse solamente á obras notables de autores clásicos españoles, nos encontramos con el gran poeta D. Francisco de Quevedo Villegas, censurando, por comision del Licenciado D. Gabriel de Aldama, lugarteniente de vicario general de la Villa de Madrid, el *Arte de Ballestería y Montería* de Alonso Martínez Espinar, y declarando en su censura que este libro «es un maestro descansado para el ejercicio más honestamente varonil, y la más apacible y bien acondicionada introduccion al Arte Militar. Ocupacion calificada por tantos príncipes, y más esclarecidamente por la destreza y agilidad con que la ha ejercitado nuestro gran Monarca.»

Despues de este elogio de la caza, el propio gran poeta, ó espontáneamente, ó, lo que es lo mismo para el caso, por complacer al autor, escribe la siguiente bellísima apología:

«*Don Francisco de Quevedo Villegas:* Al que leyere este libro.—Los que enseñan el arte nobilísimo de la Caza y Montería, no sólo disponen los espíritus generosos á ejercicio honesto y saludable, sino tambien al uso militar, de tal suerte, que los que pasan de la fatiga de los bosques y montes á la disciplina de los ejércitos, no extrañan el afan de su desvelo, ni la incomodidad de la campaña; de tal manera van doctrinados en la paciencia adquirida, desenvolviendo las malezas en el ardor de los soles y el rigor de los hielos, que ninguna inclemencia de marchas y sitios los experimenta bisonos. Á esto se añade el ser capaz de méritos de caridad este ejercicio de la ballestería, disminuyendo en muchos animales la siega á las cosechas de los labradores, á cuyas hoces se adelanta su hambre, y justificando en la voracidad del lobo el menoscabo de los ganados que, como ladron de los rebaños enteros, asuela con hurtos; esta piedad encendió las entrañas clementísimas del Rey nuestro Señor á perseguir con mayor continuacion los lobos que las otras reses, librando de las más delincuentes y facinerosas el caudal de sus vasallos más importante á la República. Todos estos fines pretende conseguir Alonso Martínez con este libro facilitando la enseñanza con el método de doctrina en que dispone los preceptos; cosa en que es solo y único entre tantos autores, que en todos idiomas y naciones han escrito esta arte, de tanta estimacion á los príncipes y monarcas, que el Emperador por su libro en versos de *Venatione*, escrito en griego, le dió tan gran cantidad de oro á Oppiano, que apreció en monedas de este metral cada renglon; ni en España se dedignó el señor rey D. Alonso de escribir *Libro de la Montería*, que hoy tenemos impreso. No es nuestro autor el primero ni el segundo que ha escrito en esta facultad; empero en el orden con que escribe, en las noticias que dá, en las novedades que enseña, no tiene antecesor ni primero. Dedicó Alonso Martínez esta obra al Príncipe nuestro Señor, que Dios bendiga y guarde muchos años, no sólo por obligacion de criado, sino por deuda, confesando debe el mejor conocimiento destos primores á la atencion con que ha asistido en los bosques á la Majestad soberana de D. Felipe IV Rey nuestro Señor. El estilo es descansado de afectacion y demasías sobradas; las palabras propias y decentes que significan lo que tratan con decoro y claridad, lenguaje de persona que se crió en la corte del mayor Monarca del mundo, con perpétua asistencia en su palacio, sirviendo de dar el arcabuz á Su Majestad, y su Ballestero principal, y de Ayuda de Cámara del Príncipe nuestro Señor, oficios de grande y preferida confianza; pues solos asisten con armas de fuego á la persona Real, desacompañada de otros criados en la soledad de los bosques, á cuya causa, fuera de su ejercicio, los honró tanto el señor rey D. Alonso el Onceno, que en la carta que escribió al Abad de San Pedro de Cardena D. Juan de Campo, dice estas palabras, pidiéndole la Cruz del Cid, que se entiende la Espada: *Don Alfonso, etc. Al Abad de San Pedro de Cardena, salud y gracia. Sepades, que por la gran devocion que habemos con la Cruz del Cid, la cual llevamos la otra vez quando fuimos sobre Gibraltar, tenemos por bien de enviar por ella para llevarla con nosotros en esta ida que imos á Portugal, y enviarnos allá para que nos la trayan á Alvaro Rois é á Joan García, nuestros ballesteros, é vos que enviades dos monjes*

con ellos. Y para mostrar la estimacion que hizo de este servicio, añade: *Otrosi, bien sabedes en como todos los Prelados, é las Ordenes de nuestro Señorío nos sirven cada uno de ellos con quitanzas ciertas de maravedís para estas guerras que habemos: habiamos ordenado que vos el dicho Abad y Convento nos sirviédes con tres mil maravedís, é por la devocion que habemos en ese lugar, é en dicha Cruz, tenemos por bien de vos las quitar, é que las no pagueis.* Por la utilidad destas cláusulas de importante erudicion pueden los lectores perdonar el rato que mi prevencion les ha sido estorbo á la leccion desta obra.»

Por no alargar más este insignificante trabajo, vamos á terminar nuestras citas con el recuerdo de la preciosa relacion que uno de los más famosos prosistas contemporáneos, D. Mariano José de Larra, hace en el *Doncel de Don Enrique el Doliente* de las costumbres venatorias de los caballeros de la Edad Media, describiendo una montería dada por el célebre Marqués de Villena, Conde de Cangas y Tineo, tío de D. Enrique III, y llamado vulgarmente el Nigromántico, descripcion que publicaremos otro día.

J. G. DE LA V.

LA CAZA DE CORRER LIEBRES.

(Véase la lámina de la página 49.)

El primer perro que cazó en compañía del hombre fué un galgo de la Siria.

Hé aquí descrito en pocas frases el abolengo nobilísimo del galgo, y la antigüedad de la ejecutoria que le confiere el primer puesto entre los mejores perros de caza.

¿Quién no conoce á ese miembro aristocrático de la raza canina, á esa elegante creacion de la naturaleza, á ese ornamento del palacio de los grandes señores, cuyas armas lleva en sus mantas bordadas con delicado esmero; á ese privilegiado sér que descansa en mullidas alfombras desde la época remota de Marco Polo; que ejercitaba sus tendones de acero en pos de las nobles castellanas de la Edad Media; que desempeñaba entónces y desempeña hoy el papel más importante en esa caza señorial, que no tiene comparacion con ninguna, y que se llama *correr liebres*?

¿Quién no ha admirado la esbeltez de sus formas al contemplar los retratos de Carlos V y de Walter Scott, lienzos en que los artistas han pintado á los galgos favoritos del vencedor de Pavía y del caballeresco novelista de las montañas de Escocia?

El galgo sabe medir toda su importancia. Tiene la conciencia de que no hay perro de caza que se le iguale, y saturado con la atmósfera en que vive lo mismo en los *coursings* (1) de Inglaterra, en los campos de Bélgica, en las llanuras de la Mancha, que en las feraces provincias de Andalucía, asimila su existencia á la de los magnates y opulentos propietarios, cuya fortuna les permite sufragar los enormes gastos de las carreras de liebres, que han venido á reemplazar á la caza que se hacía con halcones en otro tiempo, y que no ha variado más que en un punto, en vez del ave de rapiña que espía la liebre desde el aire, en el galgo corredor que sigue su rastro por la tierra. Por lo demás, igual lujo en los pormenores; iguales cabalgatas de damas y caballeros; las mismas jaurías, cuya impaciencia pueden contener apenas el látigo y la trailla; la misma carrera desenfrenada y alegre por medio de la llanura; los mismos toques de bocina; igual ostentacion; el mismo aparatoso espectáculo que ofrecian las expediciones venatorias preparadas por el fervoroso culto de nuestros antepasados.

El prólogo, los preparativos de una carrera de liebres con galgos no pueden describirse con exactitud, porque nunca se describen bien las grandes emociones del alma. Al romper un día de primavera ó de otoño, únicas estaciones á propósito, porque el exceso del frío ó del calor hace que estos animales no abandonen sus camas, el patio del edificio que sirve de punto de cita se llena de vida y de animacion. Relinchan los caballos; los perros ladran

con furia; gritan los servidores, y los palafreneros se cruzan de un lado á otro las últimas órdenes, hasta que al fin suena la hora de la marcha, y jinetes y amazonas montan á caballo, y parten seguidos de numerosa jauría y de lucido séquito de criados.

Un horizonte inmenso se abre delante de los cazadores: es una llanura que se parece al Océano; aquí y acullá cañas, caseríos y campos cultivados; ni un soto, ni una arboleda más ó menos espesa. El paisaje fatiga la vista por su monotonía, pero tiene que ser así, y no muy poblado de caza, para que los perros no se distraigan con la abundancia de piezas y hagan infructífera la carrera. El galgo tiene poquísimos olfato, y ha de ver por fuerza la liebre antes de perseguirla; si ésta se oculta ó desaparece un solo instante, el perro trastornado se para de improviso como la aguja de un reloj, cuyo muelle se rompe repentinamente. Fuera del llano no hay caza posible para el galgo. Ya está la cabalgata en medio de los campos; tres perros ventores, tres podencos, han sido desatados, y con la nariz empiezan á registrar la campiña. La liebre entonces duerme quizás el sueño de los justos, hasta que el ruido de los caballos va á arrancarla de los brazos de Morfeo.

De pronto se oye el grito de ¡liebre! Los galgos la han visto y van á darla alcance. El grupo que forman es una tromba viva que vuela, que corta los aires, que apenas toca en el suelo, y que los caballos más corredores no pueden seguir sino á cierta distancia. Pero continúan siempre corriendo; obstáculos, vallas, zanjas, precipicios, nada los detiene, como los héroes de la leyenda alemana. Los ecos de la bocina no cesan de resonar, y mientras tanto la liebre mide sin pararse la distancia que la separa de los perros; y sacando de su propio temor una energía salvaje, devora el espacio dando saltos prodigiosos.

Los galgos la alcanzan, pero ella no interrumpe su carrera hasta que el drama llega á su desenlace y suena el toque de la agonía. La liebre no quiere morir ni se entrega sin haber usado los recursos de la astucia, despues de agotar los de su ligereza. Hace un cambio de direccion, y el primer galgo pasa sin herirla; pero el segundo la ve, y la detiene un momento, tiempo bastante para que el tercero la clave sus agudos dientes y la eche por alto. La liebre dá un chillido; describe una curva en el aire, y cae en el suelo convertida en un cadáver. Los tres perros cubiertos de espuma y casi sin aliento, contemplan un instante á su víctima con una mirada seca y desdeñosa. Para estos orgullosos animales los despojos no tienen atractivo; la victoria es lo único que les satisface, y continúan en pos de otra liebre, sin volver la vista á la brillante comitiva que se acerca al galope envuelta en torbellinos de polvo.

No siempre tienen los galgos la buena fortuna que se pinta en nuestro grabado. La liebre, dígame lo que se quiera, es un animal muy inteligente y capaz de inventar lo imposible para burlar á sus implacables enemigos. Muchas veces se baña las patas y se las llena despues de tierra para no dejar rastro ninguno ni olor tras de sí; y en ocasiones, viéndose perdida, levanta á otra liebre de su cama á fuerza de patadas y mordiscos, arrojándola al llano á que se las entienda con los galgos que antes la perseguían á ella. Pero á lo que debe esencialmente la salvacion es al delirio, al vértigo de su carrera, que definia un cazador diciendo con tanto ingenio como exactitud cuando le preguntaban en qué se diferenciaban los sexos:

—Si corre muchísimo, es una hembra; y si corre muchísimo, es un macho.

Y no se crea que es la muerte de la liebre la única peripecia sangrienta que ofrece esta caza; los galgos pagan con la vida muchas veces su ardor en la carrera, aplastándose la cabeza contra un árbol ó contra una peña que se encuentren en su camino. Hemos visto morir á varios en lo que para ellos debe considerarse como campo del honor.

No todo el mundo puede correr liebres, porque es un placer que cuesta muy caro, no sólo por el coste de los accesorios que la caza requiere, sino por el valor intrínseco de los galgos. Los de pelo corto, procedentes de las islas Baleares, son de los mejores que se conocen; luego los ingleses, verdaderos perros de carrera criados y amaestrados en la misma escuela que los caballos de aquella nacion, y por último, los de la casta belga, tenida siempre en tanta estima, que un Conde de Brabante, hecho prisionero por

Luis XI, no pudo recobrar su libertad sino cediendo al Rey de Francia cuatro de sus mejores galgos.

En los círculos de cazadores se ha debatido mucho para determinar cuál es mejor galgo, si el que primero alcanza la liebre, ó el que estrangula al animal. Los inteligentes prefieren el más corredor, y califican de mediano al perro que mata; luego hay otras dos clasificaciones más en la especie, el galgo *salvador*, que es el que impide que sus compañeros se coman la caza, y el galgo *solista*, cuyo nombre indica ya que se basta solo para correr y dar muerte á una liebre.

El galgo principia á cazar á los dos años, y á los tres se halla en todo su esplendor y en la plenitud de su fuerza. Un buen perro de esta raza puede correr cuatro ó cinco liebres en un día, pero no conviene abusar de sus facultades, porque decaen muy pronto. Es un perro delicado, friolero, y al que perjudica mucho la humedad. La miseria le horroriza y los malos alimentos le dan náuseas; pero cuando la bocina le marca la hora del combate, cuando se encuentra en plena llanura, es un héroe que no desmaya ante la primera gota de sangre, que se embriaga con la lucha, y que cumple gallardamente su mision en esa carcería sin segunda, de la cual puede decirse parodiando la frase de un hombre ilustre:

«Ni la lengua basta para decir, ni la mano para escribir lo que siente el cazador ante las peripecias y las maravillas de una carrera de liebres.»

C. T.

CAZA Y DOMA

DE CABALLOS SALVAJES EN AMÉRICA.

(Véase la lámina de la página 53.)

Tiene razon el gran naturalista: nunca ha hecho el hombre conquista más noble que la del caballo, ese animal fogoso que parte con él las fatigas de la guerra y la palma de la victoria; que vé el peligro y le arrostra sin vacilar; que se acostumbra al estruendo de las armas; que participa de los placeres de su jinete, ya en la caza, ya en la carrera ó en el torneo; pero que tan dócil como esforzado, no se deja llevar de su aliento, sabe reprimir sus movimientos, y obedece á la mano que le guía; criatura que renuncia su propio sér, entregándose sin reserva, que sirve con todas sus fuerzas, y que se fatiga y aún muere por obedecer mejor.

La educacion del caballo empieza por la pérdida de su libertad, y concluye por la opresion. La esclavitud de estos animales es de tal suerte universal, que rara vez los vemos aquí en su estado natural, sino cubiertos de arneses y de señales de su servidumbre. La naturaleza es más hermosa que el arte, y de ello son una prueba los caballos libres que pueblan las regiones de la América española: su marcha, su carrera y sus saltos no son forzados; orgullosos con su independencia, esquivan la presencia del hombre, vagan y retozan en praderas inmensas cubiertas con las galas de una primavera eterna, y sin más habitacion que una selva, ni otro techo que aquel cielo sereno y puro, son más fuertes, más ágiles, más nerviosos que los caballos domésticos, teniendo unos lo que dá la naturaleza, que es el vigor y la nobleza, y otros lo que se adquiere con el arte, la destreza y la gracia.

La índole de los caballos silvestres no es feroz. Aunque superiores en fuerza á los demas animales, no los acometen nunca. Se unen en grandes manadas por amor, pero no por miedo. Como las hierbas le bastan para su alimento, no apetece la carne ni se disputan con los de su especie; viven en paz, porque sus apetitos son moderados, porque tienen lo suficiente y porque nada se envidian unos á otros.

El origen del caballo se pierde en las nebulosidades de los tiempos más remotos, porque en parte alguna se encuentran huellas del caballo salvaje. Mil seiscientos cincuenta años ántes de la Era cristiana se hace mencion de tan noble animal en el capítulo del Génesis relativo á la historia de Josef y de sus hermanos, y dos siglos más tarde figura en las carreras de carros que se verificaban en los Juegos Olímpicos de Grecia. Salomón tenía en sus cuadras 40.000 caballos de tiro y 12.000 de mano, y los que se empleaban en el ejercicio de carros, de que tan apasionados

(1) Carteras de galgos que practican los ingleses á la manera de las de caballos.

eran los romanos, procedían de Egipto, de Palestina y de Capadocia.

Según se desprende de estas brevísimas citas históricas, hace mucho tiempo que la raza fué domesticada, no conociéndose hoy caballos silvestres, fuera de la dominación del hombre, más que los *tarpanes* de la Tartaria y los *alzados* ó insurrectos de ambas Américas. Viven los primeros con preferencia en las pendientes de la montaña *Altai*, frontera de la Siberia, y los segundos en las Pampas de la Plata, ó en las fértiles llanuras del valle de Méjico. Abandonados estos animales á sí mismos son vigorosos y gallardos, pero no tienen la armonía de formas de la especie que es objeto constante de nuestros solícitos cuidados. La cabeza es demasiado grande en comparación con el resto del cuerpo; la frente, abombada sobre los ojos; las orejas, más grandes que las de los caballos domésticos; el contorno de la boca y el de las narices está rodeado de pelos largos; la crin es muy enmarañada y cerdosa, y las piernas, nudosas y bastante gruesas.

Los caballos silvestres que se ven en América descienden sin duda alguna de los domésticos de origen europeo, que los conquistadores españoles transportaron á aquellos países á principios del siglo xvi, multiplicándose en los desiertos de regiones incultas donde no se conocía esta especie de animales. Así lo prueba el espanto manifestado por los indígenas al ver caballos y caballeros. Los españoles entonces, para propagar la raza, soltaron algunos en varias islas, y sobre todo en el continente, donde se han multiplicado como los demás animales silvestres. Los caballos que residen en la América del Norte, junto á la bahía de San Luis, son tan agrestes, que no permiten se les acerque nadie. En la Isla de Santo Domingo se encuentran á veces manadas de más de quinientas yeguas y caballos, que huyen despavoridos á la vista del hombre, relinchando de una manera estrepitosa.

Los tártaros los cazan en su país para comer la carne, que encuentran excelente; pero los gauchos y los indios de América los cogen sólo para domarlos ó matarlos y vender la piel. En las llanuras americanas se reúnen á veces manadas de más de 10.000 caballos, aglomeración que se explica por la configuración especial del terreno, y porque los animales se valen de la fuerza numérica á fin de defenderse de sus muchos enemigos, y sobre todo de los jaguares, que son los más terribles. Por la noche se separan en diversos y pequeños grupos, y de día se reúnen otra vez para buscar las hierbas con que se alimentan. Las grandes manadas obedecen á un jefe, que se coloca siempre á la cabeza, así en las marchas tranquilas, como en la turbulencia del combate. Se forman por columnas cerradas y van precedidos de exploradores. Cuando los caballos salvajes encuentran á los domesticados, los invitan por medio de un relincho especial á reunirse con ellos; reunión que se verifica frecuentemente, así es que los habitantes de la Florida hacen una guerra encarnizada á los *alzados*, para que con su reclamo continuo no les priven de los caballos de su uso.

Dos sistemas distintos emplean los indios para apoderarse de estos animales: consiste el primero en rodear las manadas, empujándolas poco á poco hacia un lugar llamado *el corral*, cuyo suelo está lleno de trampas, donde caen los caballos en revuelta confusión. Allí dejan á los prisioneros sin comer ni beber por espacio de dos ó tres días, y esta privación es suficiente para hacerlos dóciles y obedientes á la voz de sus amos.

El segundo sistema es más breve, más enérgico y el más adoptado por los indios de América, cuya maestría no tiene rival en el manejo del lazo, maestría que nunca se demuestra tanto como cuando persiguen á los caballos indómitos, que vuelan como flechas por aquellas prolongadas llanuras. Ruda es para el indio la faena de apoderarse de ellos por medio del lazo, fuerte y larga correa de cuero que termina en un nudo escurridizo. Jinete en un caballo domado, arroja el lazo sobre el cuello del animal que persigue, y que una vez enlazado no tarda en perder la respiración. El indio, seguro ya de su presa, vá conteniendo gradualmente la carrera veloz de su corcel, sin soltar al cautivo, hasta que al fin cae éste al suelo medio ahogado por la falta de aire, entregándose por el momento á merced de su vencedor. Entonces empieza la doma; el indio echa pié á tierra; traba al animal por los

brazos de manera que no pueda desunirlos, y cuando abre la boca ansioso de respirar, le sujeta la mandíbula inferior con un cabestro corto y fortísimo, aflojando el nudo del lazo con objeto de que el animal tome un poco de resuello. Al momento recobra el caballo brío para enderezarse y voluntad para huir, pero el hombre se lo impide tirando vigorosamente del cabestro. Entonces comienza una lucha titánica, de la que dá exacta idea el grabado que publicamos en este número. El caballo, que no puede separar los brazos, se encabrita furiosamente; para enderezar las patas traseras necesitaria bajar la cabeza hacia el crucero, á lo cual se opone el domador tirando con toda la pujanza de sus desarrolladas fuerzas. Después de haber luchado en vano, el caballo permanece en la postura que nuestra lámina representa; el indio va acercándose poco á poco lanzando unos gritos feroces guturales, indescriptibles, que aturden y espantan al noble bruto, el cual echa fuego por los ojos y espuma ensangrentada por la boca, hasta que al fin se queda quieto, dominado por el terror. Cuando el indio llega á la cabeza del animal le toca suavemente con la mano; la inflexión de su voz varía; los gritos que antes eran una amenaza adquieren la dulzura de una caricia; le pasa los dedos por los párpados; las cabezas se juntan, y de halago en halago, concluye el hombre por introducirle su propio aliento. Apenas se efectúa este cambio, esta fusión de calor, por decirlo así, los músculos del caballo se desestiran; serénasele la mirada; baja la crin, y el miedo desaparece. Es que comprende que el tirano de un minuto se ha convertido en amigo para siempre. Ya puede el indio pasarle la mano y hacerle todo género de caricias; una hora después le monta con tranquilidad. La doma ha sido corta, pero terrible; el caballo ya no trata de huir; está bajo el dominio, bajo la fascinación que sobre él ejerce la voz, la fuerza y la extraña figura del hombre que ha sabido arrebatarle en un momento su independencia y su libertad.

T. C.

LA PESCA CON BALANZA.

(Véase la lámina de la página 56.)

La pesca que se hace por el método que se representa en la lámina, tiene diversos nombres en distintas partes: se llama de *balanza* ó de *refuelle* en varios puntos; de *medio mundo* en las costas de Cantabria; de *trillon* y *red de langostas* en las mismas y en otras. En los ríos se llama además *pandilla*; *rifol* en Aragón; *tarrafé* en Asturias, y *velo* en Andalucía.

Este aparato es tan sencillo, que no hay pescador que no posea uno á su gusto. Se compone de una manga de red, cuyo suelo tiene la forma de una media esfera, adaptándose sus bordes á un cuadrado formado por cuatro varas iguales, y que pende por sus ángulos de los cuatro extremos de dos medios arcos cruzados por el centro, fuertemente atados y suspendidos de una pértiga.

Como es de la mayor importancia que el aparato se saque lo más pronto posible del agua, se debe tener cuidado de que las mallas que componen la red sean tan anchas como lo requiera la clase del pescado que se desee coger.

Algunos pescadores, sabiendo que cuanto más estrechas son estas recogen mayor número de víctimas, combinan las mallas de modo que reúnan las dos clases, es decir, las anchas y las estrechas, entrelazándolas de manera que en el fondo sean más estrechas que en la circunferencia.

La ventaja de estas redes está en que pueden emplearse, según los deseos del pescador, contra los pequeños y grandes pescados: dos clases diferentes bastan para conseguirlo, y el cambio puede efectuarse en cinco minutos. Con una de mallas finas no hay víctima que se escape, y Dios sabe únicamente la infinidad de pescadillas y pobres gubios que nuestros dos mares dejan arrebatar de sus aguas cada año por medio de este armadillo destructor.

Esta clase de pesca, por poco que el aficionado sepa servirse de su aparato, es por todo extremo productiva.

Sin embargo, son necesarias dos condiciones: una paciencia igual, á lo ménos, á la que distingue á un pescador de caña, y un gran conocimiento de los sitios en que se trata de emplear. Es evidente, en efecto, que esta red, que debe caer á plomo sobre el fondo del mar, de un río

ó estanque, exige que el pescador que la tiende sepa exactamente la conformación del fondo, y, á mayor abundamiento, la profundidad precisa de su lecho.

Durante el verano, quizás no exista un viajero que no haya visto una escena semejante á la que representa nuestra preciosa lámina en las orillas del Ebro ó del Guadalquivir, en que un pescador de pié, apoyado en la proa de una barquilla amarrada en el macho de un puente, en una mano la balanza y en la otra un palo largo, pasa el día removiendo el fondo del agua para enturbiarla, á fin de atraer á la red péfida los desgraciados peccecillos.

La pesca con balanza es por excelencia la pesca de las aguas turbias, y sobre todo, poco profundas, pues á más de dos metros, es imposible retirar la red con prontitud por la enorme cantidad de agua que atraviesa, para que el pescado que pasa por entre las mallas se coja de repente. Así es que si el pescador se vé obligado á pescar en un sitio profundo, es preciso que emplee una red que tenga una gran manga.

Los mejores sitios para arrojarla serán siempre aquellos en que un obstáculo cualquiera en una corriente de agua dé motivo á un remanso ó una estrechura, porque todos los pescados, grandes y pequeños, se hallarán en él, pues el agua, al arremolinarse, abandona para unos y otros las partículas nutritivas que mantiene en suspenso ó desmenuza á favor de su corriente.

La entrada del arco estrecho de un puente es igualmente un excelente sitio, porque es la gran vía de los pescados que suben como de los que bajan. De modo que, por poco experto que sea el pescador, cogerá siempre las mejores y más abundantes presas.

En todos los casos es bueno no perder de vista que la inmersión de la red ahuyenta el pescado, y que es preciso dejar pasar algún tiempo para levantarla. Para conseguirlo en el menor tiempo posible, se recurre la mayor parte de las veces, pero sólo en las aguas estancadas, á colocar un cebo en medio de la red.

Se emplea para esto, bien pan, bien una bolita de tierra arenosa llena de gusanos amasados y cortados en pedazos, bien una esponja impregnada de sangre.

Ahora sólo se trata de retirar el armadillo del agua tan rápidamente como sea posible. Desde el momento en que el pescado abandona el fondo á consecuencia de un pánico, que es difícil averiguar en un animal tan astuto, se arroja directamente de cabeza sobre la red. Entonces es cuando se necesita que el acto de retirarla sea rápido, porque si el pescado no se engancha en sus hilos, y esto sucede raras veces, toma la tangente, por un golpe de aleta vivamente aplicado, y deja al pescador que saque su red vacía.

Todos los pescadores tienen para esta operación un método especial, que está en razón directa con el vigor muscular de que disponen. Uno de los sistemas más cómodos es colocarse á horcajadas sobre el aparato, después de sentarse sobre él, levantando al mismo tiempo las dos manos, que sostienen la red tan separada del cuerpo cuanto sea posible. Basta entonces doblar las corvas para ejecutar un rápido y vigoroso movimiento de báscula que obliga á la red á salir fuera del agua.

Algunos pescadores apoyan la extremidad inferior de la balanza contra su pié ó bajo éste. En tal caso, es preciso atar una cuerda á la extremidad de ella, y tirando de esta cuerda hacia sí, se levanta con facilidad.

Esta clase de pesca, que podríamos llamar primitiva, es por todo extremo fatigosa; pero empleada por hombres que conozcan perfectamente el fondo del agua en que quieran pescar, es muy productiva, porque ataca á toda clase de pescados, hasta los de las grandes especies conocidas. La ventaja de la balanza está en que permite con la mayor facilidad llegar al centro del agua, y coger al mismo tiempo á los crustáceos que á las más finas pescadillas.

V. C.

Á LOS CAZADORES NOVELES.

CONSEJOS PRÁCTICOS.

La víspera de emprender una cacería es una fecha importante para todo buen cazador, y un acontecimiento



CAZA Y DOMA DE CABALLOS SALVAJES EN AMÉRICA.



memorable, casi una trasformacion de la vida, para el cazador novel que vá por primera vez á tomar puesto en las filas de nuestros hermanos en San Eustaquio.

La noche que precede al gran día es muy agitada para todos; para el nuevo cazador es una noche sin sueño y sin reposo. Á las dos de la madrugada se levanta, acusa de perezoso al sol y de pesadas á las estrellas porque no se van pronto; se viste; se equipa; pasa revista minuciosa á las vituallas de boca y guerra; despierta á todo el mundo, incluso al perro, á quien no le hace gracia madrugar tanto, y luego apunta con la escopeta á todas partes, arriba, abajo, á derecha, al frente y á la izquierda, y hace promesas, y juramentos, y propósitos, y esa porcion de locuras, en fin, que toman fuerza, colorido y realidad en la cabeza juvenil de un hombre de 20 años.

Ráfagas de luz blanquecina primero, y sonrosada despues, se dibujan en el Oriente, separando lo negro de la tierra y el azul sombrío del cielo. Es la aurora; es el día que nace; el día solemne en que vá á disparar el primer tiro, porque hasta entonces nuestro héroe sólo ha matado pájaros á palos ó á pedradas; pero ahora ya tiene una escopeta, un morral, un perro, una licencia y un monte. ¡Qué más puede desear!

Bajo el punto de vista de la seguridad, están hoy las armas modernas sujetas á tales pruebas, que cualquiera es buena. El calibre 16 es el mejor; deben preferirse las escopetas que se cargan por la culata, y elegir una que sea más bien un poco pesada que no ligera, porque el tiro es más seguro, y además, al peso se acostumbra pronto la mano.

Algunos cazadores muy apegados á la rutina, prefieren la escopeta antigua con baqueta.

Hablemos ántes de la moderna: además de la rapidez de la carga, ofrece el nuevo sistema una porcion de ventajas. En un ojeo, en una batida, en un puesto, ocultos como estamos, y sin poder hacer ningun movimiento ruidoso, es posible volver instantáneamente á cargar el arma, teniéndola siempre dispuesta para cualquier eventualidad. Despues, y esto es lo más esencial de todo, á menos de una fatalidad inaudita, ó de un descuido deplorable, no hay accidente posible, si se quitan los cartuchos del cañon en el momento mismo de concluir el ojeo.

Son muchas y muy grandes las precauciones que exige la escopeta antigua. La pólvora que vá cerca de los fósforos y de la yesca puede inflamarse fácilmente, y es indispensable llevar todo esto con entera separacion, y además una calma perfecta, una sangre fria imperturbable al cargar la escopeta. Aunque el cazador se vea rodeado de un enjambre de piezas que corren por uno y otro lado, no debe apresurarse nunca, sino cargar despacio y con cuidado, separar del cuerpo la boca del cañon, y sobre todo de la direccion de la cabeza, sin tener en juego la mano derecha mas que el tiempo preciso que exige la carga. Los tacos se han de hacer de papel y con la mayor anticipacion posible, en forma de pelota pequeña, dura por el centro y un poco blanda por fuera para que obedezca á la presion de la baqueta. Estos pormenores no son pueriles: del taco depende, en parte, el alcance de un tiro, y si es defectuoso, puede el cañon reventar fácilmente.

Saber montar y desmontar la escopeta es tambien una operacion importante.

El cazador novel cuando esté solo debe con mucha frecuencia disparar pistones, hasta que la mano derecha se acostumbre al tacto del gatillo. Á los quince ó veinte tiros lavará el cañon con agua caliente sin desmontar amenudo la llave.

Por más que se tenga buen ojo y firmeza de pulso para tirar pájaros en un jardin, ó para dar en el blanco, no sirven de nada estas buenas condiciones cuando por primera vez se levanta en el campo una bandada de perdices, ó sale una liebre de entre los piés. El ruido, la aparicion repentina de las piezas causa el efecto de un golpe de sangre á la cabeza; es la sacudida de una descarga eléctrica; se dispara la escopeta, pero la emocion y el atropello son los que guian el tiro. La liebre se escapa, y las perdices vuelan sin haber perdido una sola pluma. Con la sangre fria se evita el mal, y la calma, que debe desplegarse á toda costa, es la que nos hará salir bien del lance. Calma y siempre calma.

En la esgrima, en la natacion, en la caza y en cuantos ejercicios corporales se conocen, todo depende de los principios. Es imprudente, por lo tanto, dejar que un cazador novel haga sus primeras armas en numerosa compaña.

De diez cazadores, cinco son apasionados, locos, ambiciosos, llenos de amor propio y creidos en que el mérito consiste en la cantidad de piezas que mate. ¡Error grave! Poco importa que á la noche se vuelva cargado, despues de quemar cien cartuchos, si durante el día se ha roto cien veces la línea, acudido á la muestra de un perro del vecino, cruzando de uno á otro lado de su sitio, gritando y promoviendo una disputa sobre cada tiro que se dispara. Un cazador de esta especie es una plaga verdadera y hay que huir de él como se huye de la peste.

Una vez en el campo, tranquilos y sin ambicion, debemos ocuparnos del trabajo y de los movimientos de nuestro perro, que es lo que más interesa. En los terrenos cubiertos de maleza no se debe tirar nunca á la altura de un hombre, sin asegurarse de que no hay nadie detrás de los arbustos. Cuando los perros son aleonados ó de color oscuro, la menor duda debe impedirnos tambien el tirar, lo mismo que hacerlo hácia adelante cuando hay ojeadores.

Estos breves consejos servirán de introduccion á los que daremos más adelante para otro género de caza.

J. C.

OBSERVANCIA DE LA VEDA.

Hora es ya de que los cazadores españoles entremos en el camino de lo que nos permitiríamos llamar la civilizacion venatoria.

No hay país en Europa donde se infrinjan las leyes de la caza y de la pesca como en España. Aquí, ni se guarda la Veda, ni se perdonan medios de destruir los animales, empleando en ello cuantos fraudes y armadijos ha inventado la avaricia, despoblando los campos y los rios de esos numerosos seres, que subviniendo á las necesidades de la vida como un poderoso recurso de alimentacion de los pueblos, resuelven una gran cuestion social.

Bajo este punto de vista, todos los hombres honrados debian tener grandísimo interés en que, respetándose la ley, se diese tiempo, durante el período que empieza ahora, á que la procreacion y multiplicacion de los animales silvestres se hiciera pacífica y tranquilamente, á fin de que no se extinguiesen las castas, y de que se repusieran de la parte que naturalmente se ha consumido en los siete meses de matanza que han pasado. Lo contrario á esto es un criminal atentado contra la suprema ley de la salud de los pueblos.

Por este camino llegaremos más tarde ó más temprano á ver despoblados los campos del gran recurso que ofrece la caza para cubrir la primera necesidad de la vida, y desaparecerán las especies de animales más indispensables, mal que se experimenta en algunas provincias de España y que se anuncia en otras.

Perdida por los pueblos la costumbre de respetar la ley que á este punto atañe, porque el abuso se ha hecho general, hemos llegado al extremo de que la olviden hasta las mismas autoridades, y á que no la recuerden ni aún los mismos gobiernos. Por consiguiente, el mal no puede presentarse con caracteres más graves.

Pero como que á los grandes males hay que aplicar grandes remedios, se hace indispensable que todos nosotros, la numerosa falange de cazadores que puebla hasta el último rincón de España, nos unamos en el pensamiento de salvar la caza, en la seguridad de que podemos hacer un inmenso bien á nuestros semejantes, contribuyendo á resolver la gran cuestion social á que ántes hemos aludido.

Empecemos por una parte, y así llegaremos algun día á lograr el todo. Hagamos costumbre de respetar la ley en un punto, y así moveremos los sentimientos generosos y humanitarios de todos los que deban secundarnos, despertando por fin el adormecido celo de las autoridades, mal que hemos producido nosotros con nuestros propios excesos.

Comencemos por guardar y hacer que se guarde por

todos rigurosamente la Veda, y alcanzaremos al menos la repoblacion de los campos, reparándose las pérdidas naturales que han sufrido, pérdidas producidas, no por los cazadores de buena fe, sino por la necesidad pública de atender al sustento de la vida; porque la aficion de la caza, legalmente ejercida, no es un modo de esterilizar los campos, sino un medio de llevar al consumo público lo que es absolutamente indispensable para su mantenimiento. Lo que agota ese gran recurso de vida para los pueblos es, en primer lugar, la matanza de los animales en el período de su procreacion y de su multiplicacion, y en segundo lugar, esa caza de mala ley, avarienta explotacion que emplea las trampas y demás armadijos prohibidos, que arruina los criaderos y extingue las especies de animales, haciéndolas raras en comarcas que antes eran ricas y fecundas en las mismas.

Dicho ya que el remedio debe empezar aplicándose por los cazadores, que, como individuos de la gran familia social y como aficionados, están doblemente interesados en la empresa, veamos cómo puede hacerse esta obra eminentemente moral y eminentemente civilizadora.

Puesto que el cazador es el hombre más sociable del mundo, porque necesita de sus compañeros para practicar su aficion, para compartir los deleites de la caza y hasta los sueños de su fantasía, lo cual lo tiene en perpétua sociedad, resulta que se encuentra hecho la mitad del trabajo que necesita. No hay ciudad, no hay villa, no hay aldea en que los cazadores no estén más ó menos formalmente constituidos en sociedad, y en muchas, hasta con el nombre oficial de tertulias, círculos, casinos, etc. Pues bien, reúnanse con este objeto; discutan sobre este punto, y propónganse: 1.º, guardar rigurosamente la Veda; 2.º, hacer que los demás la guarden; 3.º, excitar al efecto el celo de las autoridades poniéndose de acuerdo con ellas, y 4.º, hacer que se castigue al introductor y vendedor de la caza prohibida, vigilando escrupulosamente los mercados públicos.

Dado este primer paso, pero franca y resueltamente, en el cual estamos decididos á ayudar á todos los que quieran dirigirnos sus noticias y observaciones, y para lo cual volvemos á poner á la disposicion de nuestros compañeros las columnas de LA ILUSTRACION VENATORIA; dado este primer paso, repetimos, empezaremos á acostumbrarnos á respetar la ley; palparán todos los beneficios, y más tarde nos ayudarán á perseguir á los dañadores de oficio y cazadores furtivos.

No nos extendemos más por hoy, porque bastan ahora estas ligeras indicaciones, y porque hemos de volver más de una vez sobre este mismo asunto.

J. G. DE LA V.

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

PALOMAS CON NARANJAS.

La carne de la paloma es muy buena, por mas que digan lo contrario algunos gastrónomos intransigentes, de esos para quienes, despues del faisán, no existe más ave que la chochaperdiz. Hecha esta afirmacion, pasaremos á la segunda, asegurando que los guardas campestres son los cocineros más socorridos del mundo. De nada, ó con los ingredientes más extravagantes, hacen ellos un guisado exquisito. Prueba al canto.

Cazábamos un día en un coto de propiedad particular, inmediato á esta Côte. Iba cayendo la tarde y ya nos disponiamos á entrar en el caserío para restaurar las perdidas fuerzas, cuando acertó á pasar sobre nosotros una bandada de palomas zuritas. Verlas, tirarlas en compaña de nuestros camaradas de caza y caer seis ó siete, fué obra de un instante. El guarda nos dijo que eran hermosísimas y que las iba á preparar con naranjas. Como es natural, nos quedamos todos con la boca abierta al oír el proyecto, prorumpiendo luego en una carcajada.

El guarda no se dió por entendido: tomó algunas naranjas y un limon, y aderezó las palomas de la manera siguiente:

Puso dos naranjas enteras en agua caliente; dejó que hirviesen diez minutos, y las refrescó luego con agua fria, dejándolas escurrir perfectamente. Eligió una cacerola

honda y estrecha para que la manteca cubriese bien las palomas colocadas con la pechuga hacia abajo, cuidando de que la manteca al calentarse no las ennegreciera. Apenas se doraron un poco, partió las naranjas á rajas pequeñas, las echó en la cacerola, puso sal y especias quebrantadas con la mano del almirez, dejando que cociera todo junto por espacio de un cuarto de hora.

Al presentar las palomas las roció con zumo de limón, sirviéndonos un plato delicioso que no podríamos olvidar nunca. El ácido de la naranja se acomoda muy bien con las especias, y quita á la paloma ese tufillo especial que tanto disgusta á ciertos gastrónomos. Nuestros elogios vengaron al buen guarda de nuestras burlas antes de probar la obra de sus manos.

SALMOREJO DE CHOCHAS.

Sobre todos los sistemas de preparar estas aves, que ocupan un lugar tan distinguido en el arte culinario, no hay ningún guiso que se pueda comparar con el salmorejo. Es la muerte de la chocha, diríamos nosotros valiéndonos de una locución vulgar. Hé aquí el procedimiento:

Se parten las chochas en varios pedazos: los muslos, los alones, la pechuga en dos partes y la cabeza. Se colocan estos diversos trozos en una cacerola cubierta, y todo lo que queda de despojo, como el caparazon el pellejo y los intestinos (dejando aparte los menudillos), todo se machaca con cebolla, ajo, media hoja de laurel, tomillo, perejil, especias y una botella de vino blanco, y en otra cacerola se pone á cocer durante una hora. Despues que cuece y se consume un poco, se pasa esta espesa salsa por un tamiz que sea fino, y se cubren con ella los trozos de la chocha partida, y la cacerola en que éstos se hallan se pone al fuego en el baño de María, pero teniendo cuidado de que no hierva. Los menudillos, machacados tambien y desleídos con un poco de aceite puro y de buena calidad, se incorporan á los pedazos de chocha, que adquieren un color oscuro muy subido. Entónces se sacan y se sirven calientes sobre rebanadas de pan frito, despues de rociarlas con zumo de limón.

Desde la mesa al cielo.

FILETES DE LENGUADO.

Se despojan cinco lenguados de esa parte alta y carnosa conocida con el nombre de filete, y se los aplasta un poco con la hoja ancha del cuchillo de cocina, sazónándolos luego con sal y pimienta. Sobre cada filete se pone un poco de hueva del mismo pescado y perejil, se atan las puntas dándole una forma graciosa, y se frien con manteca hasta que se doren ligeramente. Se sirven en fuentes planas rodeados de patas de cangrejos, de ostras, trufas y setas, rociándolos ligeramente con la manteca caliente que sirvió para freirlos. Es un plato excelente, aunque costoso, y que no falta en los banquetes refinados del gran mundo.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 22 DE FEBRERO.

- 1.^a Piña: á 28 metros; de 10 pichones, 2 tiradores:
Sr. D. Eduardo Anspach: 1111011111. Ganó.
Sr. D. Alberto Carton: 0100001110.
- 2.^a Piña: lo mismo que la anterior:
Sr. D. Eduardo Anspach: 1000100101.
Sr. D. Alberto Carton: 0011011000. } Partida.
- 3.^a Piña: de 10 pichones; de 21 á 30 metros, 2 tiradores:
Sr. D. Alberto Carton: 1111111011. Ganó.
Sr. D. Eduardo Anspach: 1111010111.
- 4.^a Piña: á 22 metros; de una carambola; 2 tiradores.
Sr. D. Eduardo Anspach: 1-2. Ganó.
Sr. Alberto Carton: 0-0.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 2 DE MARZO.

- 1.^a Piña de 3 pichones: cada tirador á su distancia; 3 tiradores:
Sr. D. José Armero: 2, de 2. Ganó.
- 2.^a Piña: lo mismo que la anterior:
Sr. D. José Armero: 011-011001. Ganó.
Sr. Vizconde de la Torre de Luzon: 011-011000.

- 3.^a Piña de 3 pichones: cada uno á su distancia; 5 tiradores:

Sr. D. Eduardo Anspach: 111-111. Ganó.
Sr. Vizconde de la Torre de Luzon: 111-110.

- 4.^a Piña: igual á la anterior:

Sr. D. Eduardo Anspach: 111-1. } Partida.
Sr. D. Alberto Carton: 111-1. }

- 5.^a Piña, de carambolas: á 22 metros, 5 tiradores:

Sr. D. Alberto Carton: 12-01-01. Ganó.
Sr. D. José Armero: 12-00-10.

- 6.^a Piña: de 5 pichones; cada tirador á su distancia; 5 tiradores:

Sr. D. José Armero: 01111-1. Ganó.
Sr. Vizconde de la Torre de Luzon: 11101-0.

- 7.^a Piña: lo mismo que la anterior:

Sr. D. Eduardo Anspach: 4, de 5. Ganó.

- 8.^a Piña: igual á la anterior:

Sr. D. Eduardo Anspach: 11111-1. Ganó.
Sr. Conde de Gomar: 11111-0.

- 9.^a Piña, de un pichon: cada tirador á su distancia; 6 tiradores:

Sr. Conde de la Corzana: 1-111. Ganó.
Sr. D. Eduardo Anspach: 1-110.

Sr. Conde de Gomar: 1-10.

- 10.^a Piña, de carambolas: á 20 metros, 3 tiradores:

Sr. Conde de la Corzana: 10-12. Ganó.
Sr. Conde de Gomar: 00-10.

Sr. D. José Armero: 10-00.

La tirada terminó á las cinco y media de la tarde.

GACETILLA.

LOS MONTES DEL PARDO. — Teniendo en consideracion S. M. el Rey que los montes del Pardo, por su proximidad á Madrid y por su abundancia de caza, son el cazadero predilecto de los que vivimos en la heroica villa, y no queriendo privar á los cazadores de la corte de estos montes de fácil y de cómodo esparcimiento, ha mandado, por iniciativa exclusivamente suya, que se dividan en lotes pequeños para que puedan disfrutarlos más personas, reservándose tan sólo un lote bastante reducido para sus cacerías particulares, y que se den en arrendamiento, para la caza, á personas conocidas, que no hagan objeto de especulacion personal, sino de deleite y recreo de muchos, lo que es debido á la gracia soberana. Conocemos el método escogido para esos arrendamientos, y no dudamos que la Intendencia cumplirá con su deber de hábil y discreta administradora, y que los cazadores acogerán con agradecimiento el recuerdo que deben al Rey, y con satisfaccion las bases de contrato establecidas por la Intendencia general del Real Patrimonio.

LA CAZA DEL LEON. — La obra que con este título publicó el famoso matador de leones Julio Gerard, acaba de ser impresa en Barcelona por el conocido editor y entusiasta cazador D. Manuel Sauri, en una preciosa edicion, con muchas láminas, vendiéndose al ínfimo precio de una peseta. Recomendamos á todos nuestros compañeros esta aménisima obra, que pueden adquirirla sin más que dirigirse al citado editor.

SOCIEDAD DEL TIRO DE PICHON. — Esta Sociedad ha acordado celebrar las tiradas ordinarias, por ahora, todos los viernes á las dos de la tarde.

BIBLIOTECA VENATORIA. — En un juicio crítico que publica el docto catedrático de Literatura española de la Universidad de Madrid, D. Manuel de la Revilla, en la *Revista Contemporánea* de 30 de Enero, se lee lo siguiente: «El Sr. Gutierrez de la Vega ha publicado el segundo tomo de *El Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI. En el bien escrito Prólogo con que lo encabeza, reúne todas las opiniones favorables á su obra que se han manifestado públicamente; expone y refuta con buenas razones las contrarias; deja ya terminada la polémica sostenida acerca de quién fué el autor del libro, y completa la Bibliografía Venatoria que comenzó en el tomo anterior.

» Fallada queda ya la cuestion en última y definitiva instancia, á nuestro juicio: el libro es de D. Alfonso XI, y nada valen contra esta tesis las razones (si así pueden llamarse) alegadas por los Sres. Amador de los Rios y Gayangos. Nuestra historia literaria se aumenta, pues, con un nombre más, é ilustre por cierto; y aún habrá de aumentarse con otro y sufrir no pequeña alteracion, si llega á encontrarse el original de *Los Paramientos de la Caza*, libro atribuido al rey de Navarra, D. Sancho el Sábio,

que hubo de escribirlo en 1180, y recientemente publicado en París, segun dice el Sr. Gutierrez de la Vega.»

CAZADORES FURTIVOS. — Un compañero nuestro y suscriptor á este periódico, D. Francisco Pié, residente en Valls, nos escribe clamando contra los abusos que se cometen en la provincia de Tarragona cazando en tiempo de Veda, y en todo el año con hurones y toda clase de armadijos, hasta el punto de ser un verdadero somaten contra los pobres animales el que constituyen allí los dañadores de oficio. Por ahora nos limitamos á llamar la atencion de la celosa autoridad de aquella provincia, esperando que pondrá remedio á tamaños males en cumplimiento de la ley, y excitamos á nuestro colega el *Diario de Tarragona* á que nos ayude en esta empresa, porque la ley de la Veda y las demas prohibitivas de esa caza de mala fe entrañan una verdadera cuestion social.

VÍCTOR MANUEL DE INCÓGNITO. — Cierta ágil y robusto cazador que recorría solo con mucha frecuencia los montes de Cerdeña para entregarse á su placer favorito, se detuvo un día á la puerta de la choza de una pobre mujer para almorzar sóbriamente como acostumbraba, es decir, con un poco de pan y un vaso de agua. No sabiendo quién era, dijo la vieja al cazador, á quien sólo conocía de vista:

— Ya que sois tan diestro en cazar gamuzas, bien pudiérais matar una maldita garduña que se come todas las gallinas del corral. Si lo conseguís, os daré una *mute* (antigua moneda piamontesa).

El cazador aceptó la proposicion, y aquella noche se quedó en la choza. Levantóse al amanecer, y apostado en el corral tuvo la buena suerte de matar la garduña á los pocos minutos de acecho. La vieja, loca de alegría, pagó al cazador lo prometido; pero al siguiente día recibió aquella cantidad quintuplicada en brillantes monedas de oro, sobre las cuales la campesina reconoció la efigie del libertador de sus gallinas, que habia sido el mismo Rey de Italia.

MONUMENTO VENATORIO Á VÍCTOR MANUEL. — El magnífico periódico *La Caccia*, que se publica en Milan, dice que en el Valle de Aosta, adonde iba mucho de caza el finado Rey de Italia, tratan de erigirle un monumento que recuerde al Monarca venador, para lo cual se piensa en abrir una suscripcion entre los cazadores de aquellos contornos. El periódico de Milan cree que el monumento será digno, como él dice, del *Primo Cacciatore d' Italia*.

UN CAZADOR AVARO. — Aproximábase el gran día, el día de la apertura de la caza, y un accionista de cierta sociedad, compuesta de ocho individuos, queria ir solo al monte para disfrutar solo tambien de las primicias venatorias.

Despues de meditar profundamente, puso en práctica su maquiavélico plan.

La vispera, los siete compañeros, todos casados, recibieron un billete anónimo, en que se les decía:

« Si en algo aprecia su honra, esté V. mañana, á las dos de la tarde, en la entrada del Jardín Botánico, á donde irá su señora á estudiar botánica sin duda con uno de sus mejores amigos de V. »

Dicho se está que el intrigante cazador emprendió la marcha solo al día siguiente, y que ninguno de los siete accionistas se presentó á tomar billete á la hora de la salida del tren.

Los siete vigilantes no vieron entrar en el Jardín Botánico mas que á la mujer del cazador avaro.

NUEVA CASTA DE CONEJOS. — Segun parece, hay en Conchinchina una casta de conejos muy notables por su tamaño, igual al de las liebres, y por sus cualidades comestibles. El pelo es muy buscado en aquel país, y sirve para tejer una tela riquísima que se vende á alto precio.

Los embajadores anamitas que llegarán á París muy en breve, son portadores de varias parejas de conejos con destino al Jardín de Aclimatacion.

COMBATE ENTRE SERPIENTES. — Dos serpientes mejicanas encerradas dentro de la misma jaula de cristal en el Jardín de Plantas de París emprendieron un encarnizado combate, á pesar de la buena inteligencia en que siempre habian vivido. La serpiente más grande, en un acceso de furia, consiguió absorber la cabeza de la más pequeña. Desgraciadamente la cólera le impidió calcular bien las dimensiones de su antagonista; así es que cuando llegaron los guardas, viendo que no podía tragar la serpiente todo el cuerpo de la difunta, cortaron el pedazo de ésta que habia desaparecido, pedazo que aún no ha podido digerir el mónstruo vencedor en tan extraño combate.

PELIGROS DE CORRER ZORRAS.—Uno de los mejores y más suntuosos trenes de caza que hay en la Gran Bretaña, el de Atherstone Hounds, ha estado á punto de perecer trágicamente durante la semana última. Corrian los caballos de una manera vertiginosa, mientras la jauría, compuesta de más de cien perros, iba á los alcances de una zorra. De pronto se refugió esta en una zanja de más de 80 piés de profundidad, zanja que los accidentes del terreno ocultaban á la vista de los cazadores. Galopaban estos hácia el precipicio que no podían ver, caminando los perros á una muerte cierta, cuando unos labradores, apercebidos del peligro, formaron un cordon en el borde del abismo, gritando y agitando los sombreros para que no se acercasen los jinetes. Así salvaron la vida á más de veinte caballeros y á diez ó doce damas que iban en la comitiva, quienes recompensaron generosamente la noble conducta de aquellos hombres que así cumplieron con su humanitario deber.

MORTANDAD DE BECACINAS.—Un opulento americano, que ordinariamente reside en Biarritz y es propietario de uno de los más lindos hoteles de la población, ha matado 1.960 becacinas durante dos semanas que ha permanecido cazando en sus propiedades situadas en los alrededores de Nueva-Orleans, propiedades plantadas de cañas de azúcar y de algodón, y más abundantes en volatería que el pantano más célebre del mundo bajo este concepto. Un buen tirador puede fácilmente matar cien becacinas por día en las fincas del afortunado americano, que pasa por ser uno de los mejores cazadores del Nuevo Mundo.

EL REY DE LOS TIRADORES.—Mr. Pennel, quien, como ya hemos dicho, ganó el gran premio internacional en el tiro de palomas de Mónaco, es tan hábil en el manejo de la pistola como en el de la escopeta. Pocos días antes de su reciente triunfo disparó cien tiros de revólver á otras tantas piezas de cinco céntimos echadas al aire, sin que errara ninguna de ellas, á pesar de la distancia y de la dificultad del tiro. Así, á lo ménos, lo dice un periódico.

UNA BALLENA MONSTRUO.—Segun leemos en los periódicos franceses, una enorme ballena ha ido á encallar en la ensenada de Chiavari, en la isla de Ajaccio, casi frente á la capital. El cetáceo pertenece á la especie de familias que habitan en los mares del Polo.

¿Cómo ha podido el monstruo penetrar en el Mediterráneo? ¿Se ha dejado arrastrar por las poderosas corrientes del Estrecho de Gibraltar, ó es tal vez el dolor de las heridas recibidas en un combate con sus congéneres lo que le ha hecho buscar refugio en un mar interior?

Los barcos vieron á la ballena flotando en las aguas

como el casco de un buque, y ocho días después el viento la arrojó al golfo, donde ha muerto.

El comandante de marina de Ajaccio mandó destruirla en la playa, vendiendo sobre la marcha los 4.000 litros de aceite que contenía el gigantesco animal.

PÁJAROS FALSIFICADOS.—Los vendedores de pájaros en las calles de Londres se dedican á una superchería que recuerda la fábula de Lafontaine del cuervo vistiendo las plumas del pavo real. Esos nuevos industriales saben, con auxilio de plumas falsas y con el pincel del acuarelista, convertir las aves más comunes en pájaros rarísimos y exóticos, pero de tal manera, que engañan al hombre más sabio en la ciencia ornitológica. Los aficionados encuentran lacayos de gran librea que llevan en una jaula un ave de los trópicos para venderla, porque su amo, recién lle-

San Petersburgo acaban de experimentar una gran pérdida en el camino de hierro del Mediodía de Rusia. Un tren, en el que se encontraban caballerizos, correos, palafreneros, mozos, y los caballos de silla y de tiro que habían servido al Czar durante su permanencia en el ejército del Danubio, chocó de improviso con otro tren cargado de material de guerra. Trece wagones fueron destrozados, y muertos cinco grooms y la mayor parte de los caballos, que eran magníficos y de un valor extraordinario.

ALANCEAR JABALÍES.—El punto de esta cita era Charf-el-Akub, áspera llanura situada á tres leguas de Tánger, una de las ciudades más importantes del imperio de Marruecos, su capital marítima, y residencia oficial de los representantes de las potencias extranjeras.

El objeto era cazar jabalíes con lanza, y el promovedor de la fiesta, sir Jhon Drummond, ministro de Inglaterra, el cual había invitado á la montería á S. A. el príncipe de Mónaco; al Encargado de Negocios de Francia; al de España, Sr. Romea, con todo el personal de la Legación española; al Comendador Scowazzo, ministro de Italia; al hijo del gobernador de Gibraltar, y á varios oficiales ingleses que atravesaron el Estrecho para tomar parte en la expedición.

La señora de Romea con su hija, y la señora de Drummond con las suyas, seguían á caballo las peripecias de la caza, que dió por resultado la muerte de 17 jabalíes, distinguiéndose el príncipe de Mónaco por su destreza en alancear á las reses.

Esta cacería, que es más bien un ejercicio de sport, no se practica hoy más que en Marruecos, en Mesopotamia y en algunas tribus argelinas. Los árabes no comen la carne de jabalí, porque el Corán se lo prohíbe; pero se dedican á la caza para agüerrir á los caballos. El jabalí cunado se ve hostigado de cerca gruñe con estruendo, y los moros pretenden que cuando sus corceles se acostumbran al ruido espantoso que produce el animal inmundo, pueden ya afrontar todo género de peligros.

TIROS QUE NO MATAN.—Los cazadores que no posean una vista buena ó quieran procurarse pájaros vivos sin hacerles daño, y sin alterar su plumaje, pueden emplear el método siguiente de efecto seguro:

Se trata sencillamente de que al cargar su escopeta como de ordinario, se sustituya á la carga de plomo una media carga de mercurio.

En este caso se puede tirar á cualquier pájaro, al vuelo, lo más aproximadamente que se quiera, pues con tal que la distancia no pase de lo ordinario, caerá aturdido y no tardará mucho en recobrar sus sentidos.

CABALLOS IMPERIALES.—Las caballerizas imperiales de



LA PESCA CON BALANZA.

gado de América, está aturdido con el ruido que hace el animal. El aficionado compra el pájaro casi á peso de oro, hasta que al cabo de tres ó cuatro días se empiezan á caer las plumas y á desaparecer los colores del pájaro, que queda convertido en un gorrión ó en un simple mochuelo.

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA

DE

GUTIERREZ DE LA VEGA.

Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.

La Biblioteca Venatoria se publica en tomos en 8.º español, á unas cinco pesetas por término medio cada uno, ó poco más ó ménos, segun la extensión de la obra y el grueso del volumen; precio módico, porque van compuestos con caracteres nuevos elzevirianos, preciosas viñetas,

letras de adornos, y estampados en hermoso papel de hilo con portadas á dos tintas; es decir, con todo el esmero que requieren estas imitaciones del buen gusto antiguo.

Se ha publicado el *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, restablecido el texto primitivo sobre los dos Códices del Escorial; el famoso y antiquísimo manuscrito de la Cartuja de Sevilla, propiedad hoy de S. M. el Rey; la copia del diligente Palomares, consultando esos códices, y las numerosas anotaciones de los eruditos Llaguno y Amirolo y Cerdá y Rico al libro de Argote de Molina, todos ellos trabajos inéditos y de grande estimación.

El *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, de que se trata y que lleva además un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega, consta de dos gruesos tomos, que han valido por suscripción á 6 pesetas cada uno en Madrid y á 7 pesetas en provincias.

Al mismo precio podrán adquirirlas todavía los nuevos suscritores.

Fuera de suscripción se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid y 60 en provincias.

El volumen III de la Biblioteca Venatoria está en prensa, y contendrá él solo dos obras, el *Libro de la Caza*, del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de las Aves de Caza*, de Pero Lopez de Ayala.

Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.

REDACCION Y ADMINISTRACION de la Biblioteca Venatoria y de la ILUSTRACION VENATORIA: Calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

Madrid, 1878.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.